



**LA
COLMENA
DE
CRISTAL**

P.M. HUBBARD



**LABESTIA
EQUILÁTERA**

P.M. HUBBARD

La colmena de cristal

Traducción de *Ernesto Montequin*



LABESTIA
EQUILÁTERA

Hubbard, P.M.

La colmena de cristal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : La Bestia Equilátera, 2014.
272 pp. ; 20x13 cm.

Traducido por: Ernesto Montequin
ISBN 978-987-1739-86-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Ernesto Montequin,
trad. II. Título
CDD 823

Diseño de interior: Daniela Coduto
Corrección: Cecilia Espósito

Título original: *A Hive of Glass*

© 1965 by Caroline Dumonteil, Sian Phillips and Maria
Marcela Appleby Gomez

© 2014 Ernesto Montequin, de la traducción

© 2014 La Bestia Equilátera S.R.L.

Aguilar 2023

Buenos Aires, Argentina

info@labestiaequilatera.com

www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-86-8

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,
sin permiso previo del editor y/o autor.

Agradezco a
CECIL DAVIS S.A.,
de Grosvenor Street,
que el 24 de junio de 1963
pagó seis mil quinientas libras en Sotheby's
por la vasija "K.Y." de Verzelini,
y sin embargo está dispuesta a ayudar al coleccionista menor.

CAPÍTULO I

La pintura estaba descascarándose, pero el letrero aún era legible. “Muebles y Antigüedades”, decía. Retiré el pie del acelerador, por simple reflejo. Nunca se sabe, sobre todo en estos pueblitos perdidos. Las grandes ciudades y los lugares turísticos son una pérdida de tiempo. Ya no queda prácticamente nada en ellos y lo poco que hay tiene precios especulativos, bastante más altos que las cotizaciones realistas de Londres. Pero aquel era un pueblo industrial de tercera categoría y la tienda, ubicada en una calle apartada, parecía atiborrada de trastos viejos.

Estacioné el auto a mano izquierda, en la esquina de una callecita lateral con casas de ladrillo de una fealdad sin redención. Bajé y me puse un impermeable viejo. Por más que mi acento me delatara, al menos no parecía un turista. Podía estar allí por negocios.

Pasé delante de la vidriera, atestada de objetos de toda laya. Sentí un leve mareo y supe que en mi sien derecha había empezado a latir una vena. Es bastante extraña, esta pasión de coleccionista. No sé qué opinan los psicólogos al respecto, pero estoy convencido de que es un suceso de alguna emoción más profunda. No precisamente del sexo, creo. Más bien de ese instinto de cazar o de

acopiar comida que se remonta al Mesolítico. Es indudable que es una enfermedad de la civilización, y la mayor parte de las civilizaciones prefieren formalizar el sexo en lugar de ocultarlo.

Por otra parte, aunque sé que nada es más fácil para un coleccionista que burlarse de otro, seguramente lo que uno colecciona hace la diferencia. A veces puedo ser un poco ridículo, pero el hombre capaz de matar por una marquilla de cigarrillos es obviamente un enfermo.

Volví sobre mis pasos, abrí la puerta y entré en la tienda.

La puerta hizo sonar un timbre eléctrico —no por nada estábamos en la Gales industrial—, pero adentro no había nadie. El interior estaba repleto de objetos casi hasta el techo. Ignoré los muebles y los bronceos, los rollos de alfombras y las pilas de frazadas dobladas cuyos dueños habían muerto hacía tiempo. Espié entre ellas, pero detrás no había nada. Caminé hacia los estantes ubicados en el fondo de la tienda. Había algunas porcelanas, una de ellas probablemente valiosa para alguien interesado en esa clase de cosas, y detrás tres hileras de cristalería polvorienta.

El hombre apareció de repente detrás de un armario de caoba. Debía de haber una puerta en la pared lateral. Se lo veía un poco enclenque, pero no decrepito. Es probable que cobrara alguna pensión y que la venta de objetos usados fuera solo una actividad secundaria. Tenía la típica cara de furia anticipada de los galeses. Dije: “Buenos días, disculpe la molestia”, porque sentí que el tipo esperaba que me disculpara por el solo hecho de haber entrado en la tienda. Saludó con un gruñido, pero su desconfianza permaneció intacta.

—Me preguntaba si tendría algo donde se pudiera colocar un ramo de flores —dije—. Algo pequeño. A una sobrina mía le encantan las cosas viejas.

Apartó sus ojos de los míos con relucencia, como si al hacerlo perdiera la oportunidad de descubrir qué buscaba. Recorrió el interior de la tienda con una mirada desganada.

—No sé —dijo—. ¿Una especie de jarrón?

—Sí, o una jarra vieja, un tazón o algo por el estilo. Incluso una copa de cristal vieja. No quiero nada demasiado grande.

—¿No vio nada en la vidriera? —preguntó. Seguía queriendo saber por qué había entrado.

—La verdad es que no miré con demasiada atención. Puede que haya algo.

Tomé una lecherita eduardiana y la hice girar entre mis manos, incitándolo a que fuese hasta la vidriera y me dejara solo. Vaciló un poco, pero luego caminó hacia la vidriera. Movi6 una mesa y un par de marcos de fotos se desplomaron en medio de una pequeña nube de polvo. Masculló algo y se inclinó para recogerlos. Yo estaba ya frente al estante de la cristalería, examinando lo que había detrás de las jarras cascadas y de los toscos vasos de vidrio soplado. Tenía la boca seca.

El cristal del siglo dieciocho tiene un brillo inconfundible. Aún hoy considero que no hay por qué avergonzarse de la pasión que despierta, a menos que no puedas controlarla. Es un producto característico del último florecimiento de nuestra civilización, antes de que la revolución industrial trajera prosperidad y mecanización. Fue

entonces cuando empezaron a agregarle carbonato de sodio al cristal, incluso al de buena calidad, hasta transformarlo en pasta barata. El apogeo duró apenas unos cien años, desde que los fabricantes aprendieron a modificar la fórmula de George Ravenscroft para evitar que el cristal se cuarteara y el momento en que abandonaron la magia natural del centrifugado por el brillo artificial del molde. Fue un período en que todo lo hacían bien, por más que fuese una jarra de cerveza para una taberna o una “flauta” para contener la efervescencia del primer y rústico champán. Fabricaron miles y miles de copas hermosas, que hoy están todas rotas y enterradas a excepción de unas pocas que han sobrevivido para avergonzarnos y deslumbrarnos. Son todas “piezas de colección” que ya casi no se encuentran por ninguna parte, salvo precisamente en museos o en colecciones privadas.

Lo oí regresar de la ventana y me volví hacia él con una expresión de interés. Traía una jarra cervecera de peltre y un cuenco de bronce de Birmingham.

—Tengo estas —dijo.

Tomé la jarra cervecera y la estudié detenidamente.

—Podría ser —dije—. Aunque en realidad busco algo más pequeño.

La coloqué en un rincón vacío de la mesa polvorienta. Puse la lecherita de porcelana floreada junto a ella. Luego me volví hacia el estante de la cristalería y bajé el horrendo vaso de la primera fila. Ahora podía ver con mayor claridad lo que había detrás. Solté un gruñido de asombro y lo alcé procurando manipularlo con torpeza. “Qué cosa

más rara”, dije. Mi voz sonaba completamente artificial. Era una copa de cristal de Newcastle completamente roñosa y en óptimo estado, de unos veinticinco centímetros de altura, con un cáliz de una redondez perfecta apoyado sobre un magnífico balaustre con varios nudos.

—Me pregunto de dónde habrá salido —dije.

Me miró con suspicacia. Era un ignorante pero también un negociante nato, como todos los de su clase, y había percibido algo de mi excitación.

—Es cristal antiguo. No se ven muchas así.

La tomó y se puso a lustrarla bruscamente con un trapo grasiento. Mi mano estuvo a punto de arrebatársela, pero logré controlarme. La observaba girar entre sus manos, mientras me pasaba la lengua por los labios. Al cabo de un rato la colocó sobre la mesa junto a las otras dos. Ahora se veía más limpia. La calidad del cristal saltaba a la vista.

—Es rara, ¿no es cierto? —dije.

Todavía sonaba un poco asombrado. Él guardaba silencio. No me sacaba los ojos de encima ni por un instante.

Observé las tres piezas sobre la mesa: la jarra maciza e inofensiva; la horrenda lecherita; y la copa de cristal absolutamente perfecta. Alcé la lecherita, la examiné meticulosamente y volví a dejarla en el estante.

—¿Supongamos que llevo estas dos? —pregunté.

Miró la copa y volvió a mirarme, varias veces. Su sentido común luchaba contra su sórdido instinto de comerciante, que le decía que algo andaba mal.

—Le dejo la lecherita en diez chelines.

—¿Cuánto...? —exclamé. Tenía la garganta completamente seca y no me salía la voz. Tosí y dije—: ¿Y qué hay de la copa, entonces?

—Eso es cristal antiguo —repitió. Me miró y decidió arriesgarse—: Tendría que cobrarle... —Se calló y pude ver dentro de su cabeza una rueda que giraba marcando una cifra tras otra, mientras trataba de decidir dónde tenerla—. Tres libras por la copa.

Era el momento. Silbé y lo miré azorado.

—Es un poco cara, ¿no le parece? —dije—. No me parece que sea algo tan especial, ¿verdad?

Una mirada de alivio inundó sus ojos. Temía que me precipitara sobre la copa.

—Es cristal antiguo —repitió.

—No digo que no me guste, pero tres libras es demasiado, ¿no cree?

Guardó silencio y fingí pensar en el precio. Dije: “Veamos...” y saqué la billetera. Miré dentro de ella como si no estuviese seguro de cuánto dinero tenía ni de cuánto podía gastar. Él seguía mudo.

Extraje cuatro billetes de una libra y se los ofrecí. Otra vez fue presa de un ataque de furia contenida, pero terminó por tomar el dinero. Alcé la jarra con la mano izquierda y, con sumo cuidado, la copa de cristal con la derecha. Nos quedamos quietos, mirándonos.

—Si me da los diez chelines de vuelto... —dije.

Ahora yo tenía la voz ronca y los ojos del hombre brillaban de resentimiento. Se quedó ahí parado, con los billetes en la mano. Luego extendió la otra mano y dijo:

—¿Quiere que se la envuelva?

Dijo *la*, no *las*.

Negué con la cabeza, coloqué cuidadosamente las manos sobre el pecho y pasé por delante de él rumbo a la puerta de la tienda.

—Ey... —dijo, y salió detrás de mí—. Cambié de opinión. No la vendo.

—Ya la vendió —dije.

Tendió las manos; con una aferraba los billetes y con la otra trataba de agarrar la copa.

—Ya la vendió —repetí—. Le puso un precio, que yo acepté y pagué. Usted tiene el dinero. Yo tengo la copa. La operación está cerrada. Ya no puede echarse atrás.

—¿Cómo sé cuánto vale? —dijo—. Algunas de esas copas antiguas valen una fortuna.

—Esta vale tres libras —dije—. Ese es su precio de mercado. Acabo de comprarla por esa cifra. ¿Qué cree que haré? ¿Venderla de inmediato y obtener una buena ganancia?

Extendió bruscamente la mano como si quisiera atraparme... precisamente a mí, que estaba parado allí sosteniendo ese objeto frágil y bello sin protección alguna. Sentí que se me cerraba la garganta de la furia ante semejante ignorancia y ciega codicia, y con la mano izquierda alcé la pesada jarra de peltre y la interpuse entre su cabeza y la mía. Su mirada debía de seguir clavada en mis ojos, porque lo que vio lo hizo retroceder y retirar velozmente la mano.

La furia todavía me cortaba el aliento, pero el momento crítico había pasado. Volvía a tener el control de la situación.

—¿Va a llamar usted a un policía o prefiere que lo llame yo? Le diré lo mismo. La compré, pagué por ella y ahora es mía.

La jarra de peltre sonó al chocar contra el picaporte de bronce mientras abría la puerta con la mano izquierda. Salió detrás de mí, pero mantuvo la distancia.

—Es una maldita estafa —dijo—. Eso es lo que es. Una maldita estafa.

—Cuénteselo a la policía —dije.

Me alejé caminando por la vereda balanceando la jarra y sosteniendo la copa de cristal contra el pecho. Me siguió unos pasos, cambió de idea y regresó corriendo a la tienda. Lo observé hasta que entró y corrí hasta la esquina. No había nadie en la calle lateral y fui directo a mi auto. Envolví la copa en sucesivas hojas de *The Times*, procurando que el precioso y delicado tallo quedara bien protegido. La calle seguía desierta. Coloqué con cuidado el paquete en el baúl del auto, me senté en el asiento del conductor y esperé sin apartar los ojos del espejo retrovisor.

No habían pasado quince segundos cuando el hombre cruzó el otro extremo de la calle. Lo acompañaban dos muchachos fornidos. Pasaron sin siquiera mirar la luneta del auto. Hice una clásica vuelta de tres puntos, regresé a la calle principal y giré a la derecha. Mientras pasaba frente a la tienda vi a una mujer en la puerta, esperando el regreso de los guerreros. Era horrorosa. Tampoco me vio.

Conduje varios kilómetros por la misma ruta por la que había entrado en el pueblo y al llegar a un cruce tomé un camino lateral. El campo era verde y frondoso, pero no

podía librarse del todo de los olores de la ciudad. La próxima salida bien podría llevarme a Ambridge, el pueblo ficticio donde transcurre ese programa de radio, *Los Archer*. Detuve el auto y con el paquete en la mano atravesé caminando un prado hasta llegar a un arroyo.

Me arrodillé en la orilla, aparté una a una las hojas de *The Times* y lavé la copa suavemente con las yemas de los dedos en el agua clara, aflojando la mugre añeja y quitando las manchas que había dejado el trapo grasiento del vendedor. A medida que la acariciaba con los dedos, la copa iba recuperando asombrosamente su brillo y cuando la alcé para contemplarla, al fin, estuve a punto de quedarme sin aliento.

—¿Qué es? ¿Algo que acaba de encontrar? —dijo el hombre.

—De comprar —dije.

La reconocí enseguida. Era la voz de Jack Archer. Asintió con la cabeza.

—Qué hermosura —dijo. Hablaba en serio. El hombre de campo todavía es, en general, civilizado—. Vale mucho, ¿no es cierto?

—Difícil saberlo —dije—. Los precios cambian todo el tiempo. Treinta libras, tal vez.

Lanzó un silbido en señal de admiración.

—¿Cuánto pagó por ella?

—Tres —dije—. No, tres libras con diez chelines —agregué, porque nunca recibí el vuelto.

Asintió con la cabeza, alegremente.

—Es una suerte encontrar algo así. ¿Usted se dedica a comprar y vender?

—No —dije—. Es para mí.

—Ah, mejor así. Me alegro que la haya pagado tan barata.

Volvió a asentir con la cabeza y se alejó chapoteando delicadamente en el pasto mojado. Lo adoré tanto como había odiado al hombre de la tienda. Envolví de nuevo la copa, colocando hacia adentro el lado limpio del papel, y regresé al auto. Sentía ganas de cantar.

Cuando llegué a casa volví a lavarla con agua tibia y un detergente suave. Luego la coloqué sola sobre una mesa, en el centro de la habitación, y me senté a contemplarla. Y después busqué los libros.

Ese es uno de los mejores momentos. No importa cuánto sepas, siempre hay algo que se te escapa o algún dato que necesitas confirmar. Pero sobre todo es como si estuvieras mostrando la copa por primera vez a alguien, para comprobar si tu convicción apasionada resistirá la fría luz que arroja el juicio de un experto. Es una experiencia aterradora y casi nunca definitiva, porque no hay dos copas iguales. Puede que algún autor haga una descripción fiel de ella, pero no siempre resulta completa ni categórica. Otro tiene una fotografía de una copa muy similar, pero discrepa con la datación o la procedencia propuestas por el primer autor. Tienes una pieza fabricada por un artesano con nombre y apellido en una época y un lugar determinados y es posible que hayan existido varias docenas casi exactamente iguales. Pero ya nadie recuerda aquel nombre, y la época y el lugar son materia de conjeturas y de opiniones encontradas entre los expertos. Además, casi todas las otras piezas se hicieron añicos hace tiempo.

Perfecto en sí mismo, este objeto ha llegado a tus manos sano y salvo luego de doscientos años de precaria existencia. Pero nunca sabrás toda la verdad acerca de él.

Finalmente, hice lo que hago siempre. La llené, después de Dios sabe cuánto tiempo de sequía y de vacío, con un buen clarete que bebí solemnemente, preguntándome quién habría sido el último en beber de ella y qué. Luego la lavé y la puse de nuevo en su lugar.

Apenas oyó mi voz en el teléfono, David soltó un gemido.

—Oh, Dios, ¿qué encontraste esta vez? —dijo—. ¿Podré soportarlo?

—Una Newcastle —dije—. De unos veinticinco centímetros de altura. Cáliz acampanado, luego dos nudos, balaustre con “lágrimas”, doble anillo y termina en un pie alto y cóncavo. Sin un solo defecto.

Se hizo una pausa y dijo:

—Repítelo.

Lo repetí.

—¿Dónde diablos la encontraste?

—En una tienda de compraventa.

—Maldito seas —dijo—, maldito seas. Iré a verla mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Viste el número de julio de *Cristal Antiguo*?

—No. Lo tengo aquí, pero todavía no lo he mirado. ¿Por qué?

—Levinson —dijo—. Adivina.

—Dime.

—Una *tazza* de Verzelini. Con dedicatoria grabada.
Absolutamente increíble.

—No existe —dije—. Dicen que es un invento de él.

—Ahora sí existe —dijo David—. Levinson la tiene.
Dedicada a la reina.

—No lo creo.

—Hay fotos. Y Levinson sabe lo que dice. A menos
que quiera engañarnos a todos.

—¿Levinson? No —dije.

—¿No? Muy bien, allí la tienes. Mírala con tus propios ojos.

—Eso haré —dije.

Colgué el tubo, arrastré hacia mí la revista por encima de la mesa y rasgué el sobre. Un título cruzaba la tapa. “Una *tazza* Verzelini”, decía.